

LECCIONES Y MAESTROS ANGELES MASTRETTA

En el vasto mundo de la literatura hispana, las escritoras siguen siendo sombras chinescas del espectáculo libresco. Siluetas remotas y reproductoras de aquellas manos varoniles responsables de producir las “verdaderas” obras literarias. La presencia desfigurada con la que son observadas las escritoras invita a dudar de su autentica luminosidad. Existen pero no existen. Algunas podrán ser autoras notables pero, con toda seguridad, no tan valiosas como para formar parte del estamento de figuras literarias conformado por hombres. Me sigue sorprendiendo que hasta ahora, nadie, según tengo noticia, se haya preguntado nunca sobre las razones de la ausencia de narradoras en el fenómeno de la novela latinoamericana de de los sesenta más comúnmente conocido como boom. Fenómeno, por otro lado, de importancia histórica sabiamente explicado por mi admirado y querido amigo el escritor José Donoso. Basta con echar una ojeada al excelente libro del autor chileno “Historia personal del boom” y comprobar que allí no hay nada de Elena Garro, Clarice Lispector o Silvina Ocampo, por dar tres ejemplos de autoras originales y cosmopolitas de la época que rompiendo viejas formas narrativas hicieron de la novela la forma artística por excelencia.

A diferencia de otros países culturalmente más evolucionados, narradoras, ensayistas y poetas de alta categoría continúan ocupando un segundo, y a veces invisible, peldaño en la escalera de la tribuna literaria. No es mi intención hablar de porcentajes. Y menos en una profesión en la que el número de mujeres dedicadas a trabajar en el segundo oficio más viejo del mundo, el de la palabra escrita, es bastante más elevado que en otros trabajos de responsabilidad artística e intelectual. Dado que en esta ocasión mi presencia aquí consiste en acompañar a la escritora Ángeles Mastretta mi pretensión es ceñirme a la buena literatura. Provincia recóndita donde los grandes escritores han sido siempre escasos, con tendencia a volverse cada día más pequeña y percedera pero donde las autoras nos constan en la división artística y académica. Esta anomalía, que insisto, no se da con

igual contundencia en norteamérica y otros países europeos, aumenta en extravagancia al comprobar que los lectores hispano hablantes reciben con mayor seriedad y admiración a las escritoras extranjeras que a las propias. Actitud que dejan de adoptar cuando se trata de hablar o de leer a autores hispanos. Los de casa son, y suelen ser sino mejores que los foráneos sí más importantes.

Para limitarme solamente a hablar de escritoras vivas: ¿Qué tiene la austriaca Elfriede Jelinek que no tenga la mexicana Ángeles Mastretta?

¿No será que los latinos, hombres y mujeres, seguimos siendo machistas mal nos pese reconocerlo?

Celebro que esta edición de las jornadas Lecciones y Maestros, haya elegido a una de las grandes novelistas contemporáneas para rendirle homenaje y elogiar sus grandes cualidades narrativas. Sin embargo, dado que mi cometido en este foro es presentar a mi amiga, la escritora Ángeles Mastretta se preguntarán hasta qué punto hago bien o mal en aprovechar mi actuación para hablarles de feminismo y misoginia. Quien me conoce sabe que, a la manera de Mastretta, suelo servirme de mis intervenciones publicas para desnudar a la literatura de sus intereses extraliterarios. Mastretta es una gran maestra en exponer sus desacuerdos con el orden inquisitorial de muchos de los avatares literarios. Basta con leer sus artículos, conferencias o entrevistas para darse cuenta de qué manera tan sutil y al mismo tiempo tan contundente la escritora expresa sus discrepancias con respecto a la recepción crítica y académica de los libros escritos por las mujeres sabias.

¿Es por ello Mastretta una escritora feminista como en muchas ocasiones la califican?

Desde luego que no. Imagínense el dislate que representaría si en un determinado momento alguien escribiera que Thomas Bernhard, conocido por su misoginia, es un escritor machista.

Siendo justos hay que decir de Ángeles Mastretta es una de las contadas escritoras que ha ganado premios literarios importantes

normalmente reservados a los autores-hombres. Su espléndida novela *Arrancame la vida* ha tenido también la suerte de convertirse en una buena película. Algo difícil de conseguir con la buena literatura. Además, Mastretta obedece al prototipo de escritora amada y leída por mujeres y silenciada u observada con suspicacia por una mayoría de lectores varones. Es sin duda una autora de éxito. Especialmente, si comparamos su andadura literaria con otras grandísimas escritoras hispanas que siguen viviendo en el limbo de las que nunca ganarán el cielo. Por citar solamente algunas de ellas hablaré de Elena Garro, María Zambrano, Carmen Laforet o Rosario Castellanos. Ocultadas total o parcialmente por el mercado editor, la academia, los premios la crítica, los honores y los amigos lectores. Hoy al igual que cuando todavía estaban vivas, en la familia de la literatura, continúan siendo “las hermanas pequeñas” de Rulfo, Fuentes, Ortega, Paz... Las hijas menores de la mansión familiar, como escribía Emily Dickinson refiriéndose con ironía a ella misma.

¿Dónde las situamos? Esta es la pregunta que consciente o inconsciente se formulan quienes deben escribir sobre ellas, editarlas o rendirles un pequeño homenaje. ¿Las ponemos en el grupo “Literatura de mujer”? Esta es la opción más generalizada. Agruparlas en manada para salvarlas o también para ridiculizarlas. Únicamente una escritora en la historia reciente, que no se trata ni tan solo de la inmensa Marguerite Yourcenar, ha sido capaz de conseguir fugarse de esta reserva de indígenas literarias y entrar con todos los derechos, o casi, en el mundo dorado de las letras. ¿Cómo lo ha conseguido?, todavía se preguntan algunos. Seguramente, actuando como un hombre, dicen los más malvados. Si bien es posible que la inteligencia de la Sontag le haya ayudado a servirse de la egolatría masculina, única defensa de lucha preparada para combatir y ganar a sus competidores varones. Utilizando sus mismas armas.

El superado y manoseado “boom” de la novela feminista ha traído como contrapartida infeliz la desestima de aquellas escritoras de primera fila raptadas en el mismo vuelo mercantil y utilitario. La palabra “mujer” colocada como presentación o explicación de las obras de determinadas autoras nunca es inocente. En un principio, el mercado libresco supuso que añadir el sello “mujer” a determinados

libros incrementaría las ventas. Y así es como ha ocurrido. En efecto. Con el tiempo, y la madurez de la reivindicación de los derechos feministas, el criterio no sólo ha dejado de ser efectivo sino que ha contribuido a dañar la seriedad en la producción literaria de firmas del otro sexo. No todas las escritoras somos Simone de Beauvoir. De un lado, la globalización expulsa de su radio cualquier tipo de etiquetas fronterizas. Y por otra parte, las mujeres están cansadas de leer novelas que no solamente cuentan el desprestigio de sus vidas deprimidas sino que por si no fuera bastante están escritas en el estilo rudimentario que cualquier lectora, sin ambición literaria, usaría para escribir un libro.

Se achaca a las escritoras de relevancia literaria, en la mayoría de los casos sin haber leído sus libros, que utilicen un punto de vista femenino en los argumentos elegidos para sus novelas y en el tratamiento de los mismos. Se reprocha a estas novelas que siempre traten de los mismos temas: amor y desamor, violencia de género, prostitución, adulterio, etc... Sin embargo, si damos una ojeada por la historia universal de la novela comprobaremos que estos son también asuntos y contenidos de muchas de las mejores novelas escritas por varones. Madame Bovary de Gustave Flaubert es la gran triunfadora en miradas, chismografía y perspectivas femeninas, las mismas características usadas para censurar las mejores novelas escritas por mujeres. Acercándonos en el tiempo, la novela más leída en la actualidad se titula Los hombres que no amaban a las mujeres y forma parte de la trilogía póstuma del escritor sueco Stig Larsson. Este libro, sin ir mas lejos, se caracteriza, a grandes rasgos, por desbordar feminismo por todos los poros y, por extraño que me siga pareciendo, ni lectores ni críticos ridiculizan la particularidad esencial del libro. Todo lo contrario. La celebran estrepitosamente sin reflexionar un segundo que lleva atributos y consignas que reprueban o minimizan en los libros escritos por mujeres. Ni la novela del célebre autor francés ni mucho menos la trilogía del sueco son calificadas nunca de literatura feminista. Y lo es en alto grado. Especialmente, la obra del último.

Los escritores hispanos pueden vivir literariamente sin peligro de que les cuelguen protocolos de admisión en el reino de las letras. No ocurre igual con las narradoras obligadas siempre a justificar su

postura como autora de obras literarias. “Mi novela es una historia y no un ensayo feminista”, ha dicho con palabras exactas a sus entrevistadores Angeles Mastretta en más de una ocasión. No es un caso aislado. Se trata de una explicación a la que nos vemos sometidas continuamente las escritoras. A las que se nos exige el deber de tener que estar demostrando nuestra esencia de novelistas o poetas. Se nos coloca en la triste tesitura de ser escritoras que todavía deben pedir disculpas de serlo.

Nadie sensato podría aceptar a un autor como García Márquez puesto en actitud reivindicativa ante un tribunal severo y dudoso de que su novela “El amor en los tiempos del cólera” fuese o no una obra literaria. Y que, además, se le impusiera al maestro tener que defender que su novela “es una historia y no un melodrama” debido a que, felizmente para sus lectores, la forma y composición de este libro espléndido guarda muchas felices coincidencias con aquellas obritas en las que se buscaba conmover fácilmente la sensibilidad del público mediante la exageración de los aspectos sentimentales, tristes y estrambóticos. Me consta que el tono exagerado de sentimientos ha sido un ejercicio (yo diría: arte) buscado y conseguido por el colombiano. Su afición por los boleros le incitó, además, a introducir las letras de algunos en este magnífico libro.

Vamos un poco más allá y comprobaremos, sin extrañeza, que la novela en general vive de esta farsa emotiva llamada melodrama dado que en el mundo misterioso de las palabras, según la antigua definición de Rousseau, el melodrama es un tipo de drama en el cual las palabras y la música en lugar de caminar juntos se presentan sucesivamente y donde la frase hablada es en cierta manera anunciada y preparada para la frase musical. Añade Rousseau que “en estos relatos tan modernos el mundo se divide en buenos y malos y se busca conmover al lector con recursos efectistas. Los personajes no tienen posibilidad de elección. Las situaciones son inversosímiles. La gama va de la desgracia a la absoluta felicidad”.

El autor del Contrato social fue la primera persona dedicada a concebir la definición de melodrama. Hoy se mostraría muy sorprendido de poder comprobar que al hablar de melodrama estaba definiendo sin saberlo parte del movimiento literario aparecido tres siglos después bautizado como “realismo mágico” y consistente en dar verosimilitud interna a lo fantástico y real. Corriente literaria creada,

como todo el mundo sabe, en América Latina y expandida en el mundo entero.

Y a propósito de este movimiento literario nacido en América Latina y que ha revolucionado la literatura contemporánea sería de una incorrección y desatino enorme que alguien se atreviera a calificar a un Borges, un Carpentier o un Fuentes de escritor criollista puesto que las obras de estos autores tienen ribetes regionalistas precisamente debido a una voluntad expresa por parte de sus creadores por superar el regionalismo de sus predecesores como Quiroga, Gallegos o Rivera.

Y, sin embargo, se da como algo natural que las escritoras de nivel literario, precisamente por serlo, se vean obligadas a moverse por el ancho mundo con una pancarta colgada del cuello anunciando la frase rompedora: “Escribimos novelas. No productos feministas”. A sabiendas de que el anuncio tendría su parte artificiosa. Como engañaría Tolstoi de ser obligado a admitir que Guerra y paz es solamente una novela no un producto antibelicista.

Por demás, crítica y lectores suelen dar por supuesto que las escritoras, al contrario que los escritores, suelen asumir una postura feminista de denuncia en su obra. Siendo cierto que en el ámbito de la creación artística toda obra literaria suele ser eco más o menos velado de acusación de una realidad social que disgusta o altera al artista. Pero, no esta actitud creadora no es en absoluto relevante para la consideración de un autor si la comparamos con el lenguaje de sus narrativas y poéticas. En ello radica la diferencia entre un escritor o escritora de obra menor y otro de primera línea. Novelas como “Los recuerdos del porvenir”, de Elena Garro, Nada de Carmen Laforet o Arráncame la vida de Ángeles Mastretta son importantes y originales porque el lenguaje de sus narrativas trasciende cualquier clase de mensaje estereotipado propio de tantas novelas producto publicadas en nuestros días.

Está lejos de mi intención abogar por la formación de una secta secreta de grandes autores y autoras accesible solamente a lectores iniciados. Los libros buenos no son difíciles. Admitir lo contrario sería una perogrullada tan aparatosa como la de aceptar que los libros malos son fáciles de leer. La dificultad de su lectura proviene, generalmente, de la mucha, poca o nula preparación del lector para asimilar los valores estéticos de la gran literatura. Hemos dejado pasar de lado

algo fundamental en el placer estético de la escritura y lectura: la literatura es, sobre todo, un arte. Del mismo modo que me siento contraria a cualquier clase de elitismo artístico o literario también se debe aceptar como un hecho explícito (negativo o no, este sería tema para otra discusión) que la literatura moderna se haya ido convirtiendo en un corpus hermético. Accesible sólo para pocos. Hay que admitir, también, que se lee poca literatura de calidad. O dicho de otro modo. La buena literatura se compra y se guarda para ver y la “otra” para leer y regalar.

Aunque deteste tener que reconocerlo, tal vez debamos aceptar la realidad de que los escritores escriben para los escritores. Los poetas para los poetas. Y los no lectores para los no lectores. Me detengo un instante en los motivos y las causas. ¿Ha perdido la literatura su gran función de formadora de un espíritu, un saber, una sensibilidad? ¿Qué tipo de obras han venido a sustituirla? Seguramente, las llamadas novelas de kiosko, el cine portátil, las teleseries y la comunicación internáutica. Al hilo de lo que descubre el escritor colombiano Darío Jaramillo en su libro recientemente publicado en España “Poesía en la canción popular latinoamericana”, “con el cambio de siglo, la poesía perdió su papel de formadora de la sensibilidad latinoamericana. ¿Qué la remplazó, se pregunta seguidamente. Y con argumentos brillantes el poeta atribuye a la canción popular la responsabilidad de haber sustituido el universo poético con el que los mortales comunicaban sus penas. El cantante ha suplantado al poeta. El bolero a la novela. No es solamente un detalle ingenioso que la novela más traducida de Mastretta arranque con el título de un bolero de impacto.

Viene al caso de lo que estoy diciendo contar una anécdota que me sucedió en una de las ferias del libro en las que los escritores son encerrados en jaulas circenses y colocados en el escaparate como fieras graciosas obligadas a brindar saludos y garabatos a un público ansioso por acercarse a la fiera más brillante del espectáculo. Metida en una de estas casetas me sorprendió observar que en la cola bastante numerosa del escritor sentado a mi izquierda solamente había mujeres pese a que los libros que vendía y firmaba podrían ser considerados de corriente pensante y reflexiva. Como a mi derecha tenía una escritora

de cierta reputación literaria, con las manos cruzadas sobre la mesa a una de aquellas señoras impacientes por intercambiar murmullos con el escritor celebrado salté a preguntarle por el motivo de ese éxito de lectoras y admiradoras. La mujer me respondió sin reserva alguna, mas bien alzando la voz e invitando a ser coreada por ello, que si estaban todas allí era simple y evidentemente porque a las mujeres les gusta leer libros escritos por hombres.

Al parecer, son muchas las lectoras que no solamente aman los libros escritos por hombres sino que además rechazan aquellos escritos por mujeres. Como también, según rezan las estadísticas, hay una gran mayoría de hombres que jamás leen novelas que lleven nombre de mujer en su autoría.

Pero las razones que sirven para explicar la realidad sexista de la lectura son mucho más serias de lo que nos venden. La educación escolar y universitaria actúa con el criterio injusto de obligar a los alumnos la lectura de libros de escritores y silenciar los de las escritoras. Salvo en casos excepcionales, que también resultan peligrosos. Esta actitud tomada por los responsables de la formación cultural proviene de asumir, de forma consciente o no, que la literatura escrita por mujeres es una literatura de y para señoras. Por tanto: no sería. No digna. No...

Hará solo un par de años quedé atónita al descubrir que la lista de los diez libros de literatura obligada a los alumnos de bachillerato en Cataluña, estaban escritos en su totalidad por hombres. De García Márquez a Delibes pasando por Cela y por Mendoza. Los responsables de producir tal anomalía es posible que ni se hubieran percatado de la exclusión que estaban ejerciendo en relación a la otra mitad de la población mundial. El hecho de que las escritoras sigan formando parte de la periferia de la literatura lo daban por supuesto. De Ángeles Mastretta acabo de leer en un periódico serio: “Más conocida por ser una autora y periodista feminista que escribe sobre la mujer y sobre la realidad política y social de México”. Imaginemos por un momento que alguien escribiera de Carlos Fuentes, mexicano universal, que es un “escribe sobre hombres” o que es un “periodista machista”. Y sin embargo, admitimos con toda naturalidad el silencio con el que visten a escritoras importantes o aplaudimos cuando se las reduce a falsos estereotipos. Y esta forma de actuar con relación a la escritora obedece por extraño que parezca a una invisibilidad buscada y promovida por los sectores de la población pensante. Ellas sólo

cantan boleros. Ellos, por el contrario, se ocupan de escribir cosas serias y dignas de ser leídas. Ellos son los maestros. Ellas las alumnas. Díscolas, muchas veces. Silenciadas casi siempre y en algunos casos resentidas. Ellos: reconocidos como novelistas o poetas. Ellas segregadas como feministas.

¿Y cual es la actitud de los autores respecto a sus colegas las autoras? ¿Las leen? ¿Las celebran? ¿Las ignoran? Para responder trataré de ceñirme a lo visto y oído durante mi vida de escritora.

Según mi experiencia la actuación de muchos escritores en su valoración positiva, negativa o nula de las escritoras depende casi siempre de su personal valía como creadores. Claro que la vanidad, a la que son tan dados los creadores varones, confunde cualquier conclusión determinante al respecto.

Pocos saben que Juan Rulfo tuvo dos grandes maestras en su vida literaria, de las que habló poco o nada pero a las que siguió en su andadura poética y narrativa y de las que tomó prestadas sus influencias. La escritora chilena María Luisa Bombal autora de *La amortajada* de la que Rulfo se sirvió para la creación de su obra máxima y la mexicana Elena Garro con su magistral novela “*Los recuerdos del porvenir*”. Estas escritoras junto con las sobresalientes Clarice Lispector, Rosario Castellanos y Elena Poniatowska contribuyeron a hacer de la novela latinoamericana la forma artística por excelencia. De ellas bebió Mastretta y todos los novelistas influidos por Rulfo. Y, con todo, ¿Quién recuerda ahora a estas grandes autoras de originalidad admirable? ¿Por qué, insisto, no hay rastro de ellas en el Mediático del boom latinoamericano?

Sin duda, a muchos escritores les produce urticaria tener que competir con autoras de igual nivel literario o superior a ellos. Al mismo tiempo, resulta sorprendente que los narradores más genuinos e interesantes estén siempre dispuestos a elogiar la obra de aquellas escritoras que consideran relevantes y escriban sobre ellas sin reparos ni temor a perder su lugar en el altar de la literatura. Pero todavía es más chocante que sean los escritores menos brillantes los que se dediquen a silenciar a sus rivales de género o los que al ser requerida su opinión sobre otros colegas de oficio se limiten a colocar en su lista de honor nombres masculinos. El Nobel Camilo José Cela no

soportaba que se relacionara su libro “La familia de Pascual Duarte” con la novela Nada de Carmen Laforet y se conocen sus maniobras llevadas a cabo para silenciar a una de las figuras más importantes de la literatura española. Durante muchos años apenas se habló de la novelista. Malas lenguas cuentan que mientras vivió logró ocultarla a lectores y críticos nacionales y extranjeros. Perdiendo al final su batalla perdida de antemano.

Otro buen prosista, Francisco Umbral, aprovechó su necrológica sobre Laforet para seguir hablando mal de la autora española más traducida en el mundo (junto con el otro grande García Márquez). “Leí su novela Nada el año 50 estando yo en la cama con tuberculosis. El libro prestado me lo llevó mi madre. Me gustó mucho hasta la mitad. La segunda mitad me pareció una indigestión de novela. Y lo mismo escribiría más tarde Juan Ramón Jiménez...”

Lo más patético de la necrológica no estaba tanto en la opinión negativa de Umbral sobre la novela de Laforet como la trampa que completaba su dictamen añadida para que el posible lector diera por supuesto que el poeta de Moguer había escrito un texto denigrando a la autora cuando la verdad, según muestran los archivos, es que dedica varias páginas a cantar a la joven escritora las mejores alabanzas literarias.

A los grandes nunca les ha importado reconocer que hay otras plumas tan valiosas como las suyas danzando por el globo libresco. Sólo los pequeños tienen que utilizar falsos argumentos y amaños rastreros para tratar de ocultar una luz que al final consigue brillar y siempre contra sus detractores.

Ángeles Mastretta ha optado por no permanecer callada:

“Yo me propuse, y me lo sigo proponiendo, escribir los libros que quiero y contar las historias que se me antojan, hacer los personajes que el cuerpo y la cabeza, las emociones y las palabras me piden; pero no encuentro, y estoy acostumbrada a no encontrar entre los críticos y entre los académicos, gente a la que le guste lo que hago. Hace muchos años que asumí eso, cuando apareció Arráncame la vida y en México nadie se dio por enterado. Yo acostumbraba a decir que no tenía crítica adversa; simplemente no tenía crítica”.

Hay que admitir, también, que se lee poca literatura de calidad. O dicho de otro modo. La buena literatura se compra y se guarda para ver y la “otra” para leer y regalar.